



Adviento: El tiempo de la Esperanza

Esta columna apareció por primera vez en la Crónica Diocesana del 15 de Diciembre de 2013

Ha venido el tiempo de Adviento y nos encontramos de nuevo en el tiempo de la esperanza. “¿Eres Tú ‘el que ha de venir?’ le preguntan los discípulos de Juan el Bautista a Jesús, “¿o buscaremos a otro?” La fe nos dice que Alguien ha de venir; La Esperanza nos mantiene alerta a Su llegada.

Para vivir nuestra fe en amor, nuestro corazón debe latir con esperanza. La fe sin esperanza es como un barco atrapado en el mar. Los mapas a bordo del barco de la fe (las Escrituras, el *Catecismo*) no sirven de nada si los vientos de la esperanza no despliegan sus velas y lo mueven a través de las aguas hacia la meta de la vida. Contra los vientos feroces de un mundo incrédulo se necesita una fe fuerte para sostener la esperanza que hay en nosotros y vivirla día tras día en el amor.

Cada Adviento somos testigos de la fe maravillosa de la Virgen que llevaba nuestra esperanza en su vientre hacia la primera Navidad. A lo largo de su embarazo María sabía que Aquel que ha de venir estaba con ella, lo más cerca que podía estar. Como cualquier madre, ella ansiaba ver Su rostro, pero Él se mantenía de manera invisible en su interior, y ella tuvo que vivir en la esperanza hasta que la Esperanza nació. Su marido José compartió su esperanza, y nosotros también: a mirar el rostro del Hijo único del Padre y sentir Su mirada sobre nosotros, a ver y ser visto por el Amor de Dios encarnado en el Hijo de María de Nazaret. Del punto de vista puramente humana era totalmente demasiado

esperar que por causa de nosotros el gran y todopoderoso Dios se hiciera a sí mismo tan pequeño e indefenso como nosotros al nacer. Sin embargo, eso es precisamente la esperanza que el Adviento nos propone, porque es la Esperanza de la Iglesia.

Si nos quitaran el Adviento de nuestras vidas, ¿cuál sería nuestra esperanza, en quién pondríamos nuestra esperanza? “La esperanza es eterna en el corazón humano”, es cierto; pero la esperanza terrenal no es suficiente para transportarnos al otro lado del horizonte de la muerte. Para dar ese paso necesitamos una esperanza que viene de la otra orilla, la orilla de la vida eterna.

Esa esperanza nos lleva a la casa “al final de todos nuestros deseos,” dice Santo Tomás de Aquino. A medida que aprendemos de repetidas experiencias dolorosas, “en esta vida nadie puede cumplir su deseo, ni criatura alguna puede satisfacer el deseo del hombre. Sólo Dios satisface. . . . Es por eso que el hombre no puede descansar nada más que en Dios”.

Pero descansando en Dios—nuestra última y mejor esperanza—no nos separa de los demás. Por el contrario, enseña Santo Tomás, “la vida eterna consiste en la comunidad alegre de todos los bienaventurados, porque todo el mundo va a compartir todo lo que es bueno con todos los bienaventurados. Cada uno amará a todos los demás como a sí mismo, y por lo tanto se regocijará en el bien de los otros como en el suyo propio. Por lo tanto, se deduce que la felicidad y la alegría de cada uno crece en proporción a la alegría de todos.”

Esta es la esperanza de Adviento que nos invita a hacerla nuestra. ¿A quién iremos por una mayor?